
(Sobre)vivir en una ciudad Patrimonio Mundial

Bienvenido Maquedano Carrasco

Arqueólogo, España



Vivo en una ciudad Patrimonio Mundial. No nací aquí, ni tan siquiera fue mi primera elección, pero la vida me acabó empujando a Toledo, primero como estudiante, luego como trabajador y finalmente como padre de familia. Antes viví en mi pueblo, y en medio lo hice en Madrid, pero llegó el momento en que optamos por esta ciudad de provincias, pequeña, barata, cercana a la capital y también hermosa, tal vez demasiado hermosa. Esto fue en el año 2002. En 1998 habíamos comprado una casa con patio, más inclinada a caerse que a mantenerse en pie. Lo pudimos hacer porque nadie quería vivir en el casco histórico de la ciudad habiendo oferta de pisos nuevos con calefacción, plazas de garaje, parques, guarderías, colegios y terreno llano en barrios más amables. Ahora sería imposible por la continua burbuja inmobiliaria.

Toledo está situada en el centro de la Península Ibérica y fue capital de España mucho antes de que Madrid fuese algo más que un poblacho. Su caserío coloniza un cerro de piedra rodeado por el río Tajo. Los arqueólogos han encontrado cerámicas de la Edad del Bronce en el subsuelo y vestigios arquitectónicos de todas las culturas, desde aquellos remotos tiempos hasta nuestros días. Con 260 hectáreas es uno de los centros históricos más extensos de Europa y una auténtica amalgama de recintos amurallados, templos, palacios y demás edificaciones que compendian casi todos los estilos artísticos, a la manera de un manoseado manual escolar, de piedra, yeso, barro y ladrillo. Desde 1986 está inscrita en la *Lista del Patrimonio Mundial* de la UNESCO.

Hace poco escuché a Luz de Lourdes Herbert Pesquera, directora de Patrimonio Mun-

dial del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, que estaría bien publicar las vivencias de los residentes en aquellos lugares que componen la codiciada Lista. Codiciada porque suele convertir a los sitios en atractivos ponederos donde la caprichosa gallina del turismo deja caer sus huevos de oro. Ahí va mi opinión.

Se calcula que cerca de un millón de turistas nos visitan cada año. Teniendo en cuenta que los residentes de Toledo somos unos 85 000, y que dentro de las murallas apenas vivimos 15 000, es fácil adivinar hacia dónde se vuelcan las políticas municipales. El ayuntamiento no duda en arreglar y limpiar las arterias por las que circulan los visitantes; apoyar la apertura de hoteles, restaurantes y tiendas de baratijas, así como fomentar la circulación de trenecitos y autobuses que recorren los puntos de interés cada cuarto de hora. Adora idear juegos de luces para conmemorar festejos, iluminar monumentos, celebrar una Navidad-*led* o anunciar los recorridos de las procesiones de Semana Santa en las ferias internacionales de turismo. Estamos bien comunicados por carretera y ferrocarril con Madrid: el tren de alta velocidad nos une en 30 minutos, y los autobuses, más baratos, en 50. No se aplica tasa turística, existen aparcamientos disuasorios gratuitos en superficie y dos espléndidas escaleras mecánicas que ahorran gran parte del sufrimiento que supone el ascenso al corazón de la ciudad. Cada poco tiempo se conmemora un nacimiento, muerte o efemérides de un personaje ilustre, o un acontecimiento histórico relevante, y se monta una exposición y se publicita aquí y allá para mantener las redes sociales en tensión y que no decaiga el interés. Por si fuera poco, en el campo, a escasa distancia, ha abierto sus portones el Puy du Fou, parque donde se teatralizan episodios de la historia de España

de forma libre y con admirables efectos especiales.

Me levanto temprano, hacia las 6:45 de la mañana. Mejor dicho, me despiertan a esa hora las campanas de las monjas carmelitas descalzas que viven frente a mi casa y que a esa hora llaman a la primera oración del día. Me gustan las campanas, aunque tengo la sensación de que en los últimos tiempos existe una monja especialmente entusiasta de los repiques y volteos. Salto de la cama a la ducha y de ahí a la cocina para hacer el desayuno, mientras escucho las noticias locales en la radio, el estado del tráfico, si hace frío o va a llover, esas cosas. No tengo la fortuna de trabajar en el casco, de modo que salgo a la calle cuando aún es de noche: busco mi coche y conduzco un cuarto de hora hasta la oficina. Como en mi casa no tengo garaje, aparco en la calle, cada día en un sitio, nunca a más de cinco minutos andando. Podría haber construido una plaza de aparcamiento dentro de casa, pero eso habría supuesto renunciar a una habitación, obtener el complicado permiso para abrir una puerta grande rompiendo la unidad histórica de la fachada, y maniobrar de forma escalofriante para encajar el vehículo en un ángulo imposible, teniendo en cuenta la estrechez de la calle.

Se han expedido facilidades para que el residente acceda y aparque lo más cerca posible de su casa. Un sistema de pivotes mecánicos abre y cierra las calles a determinadas matrículas, y diferentes líneas de colores pintadas en el suelo señalan que existen espacios reservados a residentes o disponibles para cualquier automovilista, previo pago. El problema es el elevado número de pilotos que se empadronan en el casco histórico para poder aparcar en él; que los fines de semana no se restringe el aparcamiento; que hay criterios de lo más curiosos que permiten el paso por ciertas

vías. Un ejemplo: yo poseo dos coches, y con uno puedo acceder a mi casa a través de una calle regulada por pivote y no se me permite con el segundo. Nadie me explica por qué. Un ejemplo más: si vuelvo a casa hacia las 14:00 horas no podré aparcar por el alto número de vehículos estacionados, mientras que, si lo hago una hora más tarde, no tendré problemas. Los fines de semana evito mover el coche porque decaen las prohibiciones y se desata una competencia atroz para estacionar.

Aunque el turista suele invadirnos cada fin de semana, el resto de los días son bastante tranquilos, pero se instala en las calles una atmósfera de posguerra nuclear a partir de la caída del sol. Digamos que los residentes somos los dueños de la ciudad cuatro de cada siete días. Eso no se traduce en una preocupación equilibrada del gobierno local. La limpieza es escasa en las numerosas callejuelas por las que jamás transita un turista, las palomas colonizan los solares abandonados (cerca de doscientos según un inventario reciente), y para no romper el decorado teatral y afean las fotos, no existen contenedores de basura: los vecinos sacamos cada noche nuestras bolsas y las depositamos en una esquina, para satisfacción de gatos, ratas y cucarachas, hasta que pasa el camión de recogida.

Solo existen un colegio, una guardería y un instituto públicos intramuros. A mí me ha parecido suficiente, salvo por el caso de la preescolar, que dispone de muy pocas plazas para atender al gran número de niños inscritos. Algunas monjas dirigen guarderías privadas, y en una de ellas aparqué a mis hijos hasta que fueron escolarizados. La ventaja es que a todos sitios se llega andando en poco tiempo. La compra diaria también es posible: se encuentran carnicerías, pescaderías, varias verdulerías y fruterías, dos buenas panaderías, pastelerías

deliciosas, un par de Carrefour Exprés y un mercado de abastos, que suple sin muchos lujos las necesidades alimenticias básicas de la población. Pese a todo, estamos obligados a coger el coche una vez a la semana para proveernos de ciertos productos a un precio competitivo en los centros comerciales de las afueras.

Desde hace mucho tiempo se ha primado la apertura de negocios turísticos por encima de las empresas enfocadas a hacer más feliz al residente. Hay una librería, un teatro y algún bar escondido para dar salida a nuestro ocio, así como algunas iniciativas culturales de colectivos o institucionales, sin que quepa hablar de una agenda cultural maravillosa, pero sí resultona. Mi mujer estudia francés en la Escuela Municipal de Idiomas, al lado de casa y a precio testimonial; también existe una piscina municipal cubierta, aunque si te gusta el deporte debes cruzar alguna de las puertas de las murallas en busca de instalaciones adecuadas o, simplemente, un terreno llano y árboles.

Las cuestas, empinadas y omnipresentes, suponen un problema para cierto tipo de gente. Reconozco que nosotros siempre las hemos llevado bien, a pesar de haber tenido que empujar un carrito de bebé durante años. El empedrado es traicionero, pero nada que no pueda ser solucionado con zapatillas y suelas planas.

Así las cosas, ¿qué tiene de bueno y qué de malo vivir en una ciudad Patrimonio Mundial? El título, por sí solo, parece inofensivo. No me caben dudas de que el alcalde que en su día impulsó el expediente buscaba la preservación del patrimonio de la ciudad y la llegada de turistas para enriquecerla. Casi cuarenta años más tarde se ha puesto de manifiesto todas las bondades y perversidades de la inscripción.

En el lado positivo, la redacción de un Plan Especial para definir el modelo de ciudad puso freno a la especulación inmobiliaria. La *Ley de Patrimonio Histórico de Castilla-La Mancha* de 1990 sistematizó los controles arqueológicos, mientras que el acuerdo entre el gobierno local y el regional a la hora de conceder las licencias de obra ha posibilitado la conservación de una buena parte del patrimonio existente en aquel lejano 1986. Gracias a la inscripción como ciudad Patrimonio Mundial se le otorgó la concesión de “Consortio de la ciudad de Toledo”, integrado por las cuatro administraciones (nacional, regional, provincial y local) y concebido como un organismo autónomo enfocado a fijar población a través de la conservación del patrimonio edificado. La rehabilitación de monumentos, viviendas y espacios públicos ha sido muy importante. También debe agradecerse la mejora del entorno paisajístico de la ciudad a la inscripción en la Lista UNESCO. Al igual que la difusión internacional, por supuesto. Respecto del individuo que elige vivir en Toledo, se trata de un militante cultural, un esteta que se ve recompensado por un escenario insuperable, por la tranquilidad cotidiana de una ciudad pequeña en la que gran parte de su callejero está vedado al tráfico, con comercios a los que se accede andando y un vecindario que se saluda por la calle por lo escaso que es. Aunque no sobra de nada, el ecosistema comercial y cultural da para cubrir las principales necesidades del habitante, si no se es particularmente exigente. Sin duda, la ciudad ha avanzado por el impulso dado en 1986.

Pero también se observa un lado negativo. La inscripción, por sí sola, no ha sido nunca una barrera para frenar determinados intereses. Costó poner fin a los derribos sistemáticos del caserío cada vez que se proyectaba un edificio de viviendas e, in-

cluso, una construcción dedicada a albergar alguna institución pública. Cuando se consiguió esto último, llegó la infravivienda entendida como la reducción de patios, luces y espacios para conseguir un rendimiento mayor a cada metro cuadrado edificado. Posteriormente vino el abandono del centro para vivir en las urbanizaciones de chalés, y precisamente cuando el “Consortio de la ciudad de Toledo” consolidó su actividad, se extendió la marea de apartamentos turísticos con la consiguiente disminución de alquileres libres y una peculiar forma de gentrificación que está acabando con la vida en la ciudad. Cada vez son más las casas despojadas de inquilinos, remozadas y convertidas en alojamientos turísticos con códigos numéricos en lugar de cerraduras; cada vez se abren más hoteles, más tiendas de recuerdos y negocios de comida rápida. Las mareas de turistas transitan por las mismas cuatro calles, anegándolas, cambiando su dinero por hamburguesas, apurando las cervezas de barril en un puñado de bares y capturando la misma foto en sus dispositivos móviles. El enriquecimiento de unos pocos se logra a costa de gastar recursos públicos en atraer oleadas de visitantes. Los accesos al casco histórico se cortan al tráfico rodado con frecuencia y afectan indistintamente al turista y al residente que ve con estupor cómo el día de la Comunidad de Madrid no se puede acceder con su vehículo cargado con la compra semanal hasta su casa. Las plazas se toman como escenario de conciertos, carreras populares o lugar de concentración de guías turísticos que lanzan al aire sus voces amplificadas con altavoces. El desagradable resultado es la existencia de una creciente animadversión hacia el turista, al que se ve culpable de la suciedad de las calles, de la inexistencia de contenedores, de la iluminación hortera de los edificios, del aumento de los precios de los alquileres,

de bares y comercios, o del cierre de las tiendas de abastecimiento tradicionales.

Esto es lo que significa vivir en una ciudad Patrimonio Mundial: belleza y tranquili-

dad los días de diario; ganas de huir o de atrincherarse en casa cada festivo y fin de semana.



© DPM, Toledo, España.